

□ Tiempo de lectura: 12 min.

Francisco de Sales estaba convencido de que «de la buena o mala educación de la juventud depende radicalmente el bienestar o el malestar de la sociedad y del estado»; también creía “que los colegios son como viveros y seminarios, de donde salen los que más tarde ocuparán cargos y puestos, destinados a ser bien o mal administrados en la medida en que previamente los injertos hayan sido bien o mal cultivados”. Por ello, deseaba que «la juventud sea educada por igual en la piedad y la moral, como en las letras y las ciencias».

Escuela, internado y formación profesional en Thonon

La formación de la juventud en los estudios y en la fe católica era particularmente urgente en Thonon, ciudad cercana a Ginebra. Varios proyectos ocuparon el espíritu de Francisco de Sales durante muchos años, en la época en que era párroco y más tarde obispo.

Antes del retorno de la ciudad al catolicismo, había una escuela en Thonon fundada gracias a un legado que aseguraba recursos suficientes para la educación de doce escolares. En 1579, la educación estaba a cargo de dos o tres institutrices. Con la restauración del catolicismo en Thonon en 1598, el presbítero de Sales pidió que el legado se utilizara para doce alumnos «que fueran católicos».

Pero el proyecto que estaba más cerca del corazón del párroco era traer a los padres de la Compañía de Jesús a Thonon: «Quienquiera que añadiera a esto un colegio de jesuitas en esta ciudad, haría que toda la zona circundante, que, en lo que respecta a la religión, es casi completamente indiferente, participara de este bien». El párroco preparó una *Memoria* en la que afirmaba enérgicamente la convicción general: «No hay nada más útil para esta provincia de Chiavalese que construir un colegio de la Compañía de Jesús en la ciudad de Thonon».

A finales de octubre de 1599 llegó un primer jesuita, a finales de noviembre un segundo y los demás estaban en camino desde Aviñón. Hacia finales de año, los jesuitas que llegaron a Thonon comenzaron con una «escuelita», que al año siguiente tendría ciento veinte alumnos. Como consecuencia de los disturbios de 1600, se dispersaron durante varios meses, tras lo cual volvieron a abrir escuelas con unos trescientos alumnos.

Pero ¿de qué servirían las escuelas de gramática si, por humanidad, se obligaba a los alumnos a asistir a colegios protestantes? Era urgente crear clases secundarias y superiores de filosofía, teología, Sagrada Escritura y derecho. A principios de diciembre de 1602, todo parecía listo para la apertura del colegio y futura universidad de Thonon. Ahora bien, pocos días después, el intento fallido del

duque de Saboya de retomar Ginebra hizo que los jesuitas se marcharan de nuevo. Pronto se vieron obligados a retirarse definitivamente.

Tras la marcha de los jesuitas, el colegio se reactivó con la ayuda de personal local. El colegio de Thonon no conoció un verdadero desarrollo hasta finales de 1615, cuando el obispo recurrió a la congregación de barnabitas, ya establecida en el colegio de Annecy.

Al mismo tiempo que se preveían los estudios literarios, otro proyecto movilizaba las energías del párroco y de sus colaboradores. En 1599, Francisco de Sales preconiza la fundación de una «posada de todas las ciencias y artes», es decir, una especie de escuela profesional dotada de una imprenta, una fábrica de papel, un taller mecánico, una pasamanería y una armería.

Hay que subrayar la idea de una institución para la formación en las «artes y oficios», porque el aprendizaje se realizaba normalmente en casa, con el padre enseñando su oficio al hijo destinado a sucederle, o con un artesano. Por otra parte, se observa que Francisco de Sales y sus colaboradores se interesaban por los oficios manuales considerados viles, que la mayoría de los humanistas parecían ignorar. Promover las «artes mecánicas» significaba también valorar a los artesanos que las élites tendían a despreciar.

Las pequeñas escuelas de la diócesis

En 1606, había en la diócesis quince escuelas de varones, donde se enseñaba gramática, literatura y catecismo. En apariencia, esto era poco. En realidad, la alfabetización estaba bastante extendida en las parroquias; se organizaban cursillos en determinadas épocas del año, sobre todo en invierno, gracias a acuerdos temporales con los maestros y, sobre todo, a la buena voluntad de los párrocos y vice párrocos.

La enseñanza era elemental y consistía en primer lugar en aprender a leer mediante un libro de ortografía. El maestro no solía tener una habitación propia, sino que utilizaba cualquier habitación, un establo o una cuadra. A veces «sus lecciones, impartidas al aire libre, incluso a 1.500 o 2.000 metros de altitud, con los alumnos sentados en una piedra, un carro, el tronco de un abeto o en los brazos de un arado, no carecían de encanto y pintoresquismo».

Como es de suponer, los maestros procedían generalmente del clero diocesano y de los religiosos. En el testamento de un tal Nicolas Clerc, se estipula que el servicio parroquial «será desempeñado por un rector capaz de instruir a la juventud hasta la gramática»; en caso de que «divague y descuide el oficio divino o la instrucción de la juventud, después de haber sido amonestado tres veces» y «remitido al obispo», será privado de sus ingresos y sustituido por otro clérigo.

En 1616, el obispo aceptó la petición de los principales de la ciudad de Bonne, que le rogaban que les proporcionara un monje de un convento vecino, encomendándole «la instrucción de la juventud en las letras y la piedad», «en vista del gran fruto y utilidad que se puede derivar de ello en vista de la buena instrucción que ha comenzado a dar a la juventud de dicha ciudad y su vecindad, que tienen la intención de enviar allí a sus propios hijos».

Los colegios

La enseñanza secundaria impartida en los colegios de Saboya se originó sobre todo gracias al desarrollo de las escuelas primarias, que, gracias a las donaciones, pudieron añadir clases de latín, gramática y bellas artes.

Monseñor intervino para salvar el colegio de La Roche, donde había realizado sus primeros estudios de gramática. El colegio no siempre disfrutó de días tranquilos. En 1605, Francisco de Sales escribió a los canónigos de la colegiata para acallar «la opinión personal» de algunos, rogándoles que «aseguraran de nuevo el consenso general»: «podéis y debéis contribuir», les escribió, «no sólo con vuestras voces, sino también con vuestras advertencias y el trabajo de convicción, ya que la erección y conservación de este colegio servirá a la gloria de Dios y de la Iglesia», y procurará también «el bien de esta ciudad». El fin espiritual estaba, sí, en primer lugar, pero no se olvidaba el bien temporal.

En Annecy, el obispo siguió de cerca la vida del colegio fundado por Eustache Chappuis, en el que él mismo había estudiado de 1575 a 1578. Las dificultades que atravesaba le llevaron probablemente a visitar con frecuencia este instituto. Además, la presencia del obispo era un honor codiciado, sobre todo con ocasión de disputas filosóficas, a las que era invitado «monseñor, el reverendísimo obispo de Ginebra».

Las actas de las decisiones del colegio indican su presencia con ocasión de discusiones, así como de intervenciones para apoyar peticiones o establecer contratos con profesores. Según un testigo, el obispo acudía a primera hora de la mañana para asistir a «actos públicos, disputas, representaciones de acontecimientos históricos y otros ejercicios, para animar a la juventud, y, en particular, a las disputas públicas de filosofía al final de los cursos». El mismo testigo añade: «A menudo le veía participar personalmente en disputas filosóficas».

En realidad, según uno de los profesores de la época, «tanto la buena literatura como la sana moral habían perdido gran parte de su brillo» y los ingresos habían disminuido. La administración sufrió sobresaltos. El obispo soñaba con una dirección nueva y estable para el colegio, que le parecía «casi un erial».

En 1613, de paso por Turín, le sugirieron el nombre de una nueva congregación que navegaba con el viento a favor: los Barnabitas. En Milán, se reunió con su superior general y se cerró el trato. En diciembre de 1614, firmó el contrato para que los Barnabitas entraran en el colegio Chappuis.

Francisco de Sales quedó tan satisfecho con los Barnabitas que, como hemos dicho, los llamó sin demora a Thonon. En abril de 1615, pudo escribir a un amigo suyo: «Ciertamente, nuestros buenos Barnabitas son realmente muy buena gente: más dulces de lo que se puede decir, cumplidores, humildes y gentiles mucho más de lo que está de moda en su país». En consecuencia, sugirió que también vinieran a Francia:

Por mi parte, creo que un día serán de gran utilidad para Francia, porque hacen el bien no sólo con la instrucción de la juventud (que no es excesivamente necesaria en un país donde los padres jesuitas lo hacen tan excelentemente), sino que cantan en coro, oyen confesiones, dan catecismo incluso en los pueblos a los que son enviados, predicen; en una palabra, hacen todo lo que se puede desear, lo hacen muy cordialmente, y no piden mucho para su sustento».

En 1619 participó en las negociaciones para que los barnabitas se hicieran cargo del colegio de Beaune, en Borgoña. Como este trato fracasó, pudieron instalarse en Montargis al año siguiente.

Estudios superiores

El Ducado de Saboya, al no poder contar con grandes ciudades y ver a menudo amenazada su estabilidad, no tenía universidad propia. Los estudiantes que pudieron hacerlo fueron a estudiar al extranjero. El hermano de Francisco de Sales, Luis, fue enviado a Roma para estudiar allí Derecho. En Francia, había estudiantes saboyanos en Montpellier, donde iban a estudiar medicina, y en Toulouse, donde iban a estudiar derecho.

En Aviñón, el cardenal saboyano de Brogny había fundado un colegio en su palacio para acoger gratuitamente a veinticuatro estudiantes de Derecho, dieciséis de los cuales eran saboyanos. Desgraciadamente, los saboyanos perdieron las plazas que les estaban reservadas. En octubre de 1616, Francisco de Sales hizo varias gestiones ante el duque de Saboya y también en Roma para encontrar «algún remedio eficaz contra los desórdenes que, en el mismo colegio, se han producido» y para que las plazas del colegio fueran devueltas a «los súbditos de Vuestra Alteza». Con ocasión de su último viaje, que le llevó a Aviñón en noviembre de 1621 y antes de concluirlo definitivamente en Lyon, habló largo y tendido con el

vicelegado del Papa para defender una vez más los intereses saboyanos del colegio.

Incluso había estudiantes saboyanos en Lovaina, donde Eustache Chappuis había fundado un colegio para los saboyanos que asistían a la universidad. El obispo de Ginebra estaba en contacto constante y amistoso con Jacques de Bay, presidente del colegio; en varias ocasiones Francisco de Sales le escribió para recomendar a los que iban allí que se pusieran, como él decía, «bajo tus alas». En los casos en que los padres tenían dificultades para sufragar los gastos, decía que estaba dispuesto a reembolsárselos. Seguía a sus alumnos: «Estudia cada vez más», escribió a uno de ellos, «con espíritu de diligencia y humildad». También poseemos una carta de 1616 dirigida al nuevo presidente del colegio, Jean Massen, en favor de un estudiante de teología, pariente suyo, del que esperaba «progreso en las letras y en la virtud».

¿Escuelas para niñas?

Todo lo dicho hasta ahora sólo se refiere a la educación de los chicos. Sólo para ellos existían las escuelas. ¿Y para las niñas? En la época de Francisco de Sales, las únicas instituciones que podían ofrecer ayuda a las familias en este sentido eran los monasterios femeninos, que, sin embargo, se dedicaban principalmente al reclutamiento. Juana de Sales, la última hija de Madame de Boisy, fue enviada al monasterio en 1605, «para darle un cambio de aire y darle el gusto por la devoción». Ingresó a los doce años, pero como no sentía ninguna atracción por la vida religiosa, no es razonable, afirmaba Francisco de Sales, «dejar tanto tiempo en un monasterio a una joven que no tiene intención de quedarse allí para siempre». Ella se retiró ya en su segundo año.

Pero, ¿qué hacer si el monasterio se les cerraba? Estaba la solución de las Ursulinas, que empezaban a ser conocidas como congregación para la educación de las jóvenes. Estaban presentes en la capital francesa desde 1608. El obispo alentó su llegada a Chambéry, escribiendo en 1612 que «sería muy bueno que en Chambéry hubiera ursulinas, y me gustaría contribuir haciendo algo para ello»; «tres hijas o mujeres valientes serían suficientes», añadió, «para empezar». La fundación no tendría lugar en la antigua capital de Saboya hasta 1625.

En 1614, pudo alegrarse de la reciente llegada de las Ursulinas a Lyon, «una de las congregaciones -dijo- que más ama mi espíritu». También las deseaba en su diócesis, particularmente en Thonon. En enero de 1621, escribió al superior de las Ursulinas de Besançon para tratar de alentar este proyecto, porque, escribió, «siempre he amado, estimado y honrado esas obras de gran caridad que vuestra

congregación acostumbra a practicar, y por lo tanto, siempre he deseado profundamente su difusión también en esta provincia de Saboya». El proyecto, sin embargo, no pudo llevarse a cabo hasta 1634.

La educación de las jóvenes en los monasterios de la Visitación

Cuando, a partir de 1610, Francisco de Sales funda con Juana de Chantal lo que será la Orden de la Visitación, pronto se plantea la cuestión de la admisión y la educación de las jóvenes destinadas o no a la vida religiosa. Conocemos el caso de la hija de la Señora de Chantal, la alegre y coqueta *Franceschetta*, que sólo tenía once años cuando su madre, deseosa de que se hiciera religiosa, la llevó con ella a la casa que se convertiría en el hogar de la primera visitandina. Pero la joven tuvo que tomar otro camino. Las niñas enviadas a los monasterios sin desearlo no tenían más remedio que hacerse insopportables.

En 1614, una niña de nueve años, hija del guardián del castillo de Annecy, fue aceptada en el primer monasterio de la Visitación. A los catorce años, a fuerza de insistir, se le permitió vestir el hábito religioso, pero sin tener los requisitos para ser novicia. Enferma de los pulmones, despertó la admiración del fundador, que sintió «un consuelo increíble, al encontrarla indiferente a la muerte y a la vida, en una actitud dulce de paciencia y con el rostro sonriente, a pesar de la fiebre altísima y de los muchos dolores que sufría». Como único consuelo, pidió que se le permitiera hacer su profesión antes de morir». Muy diferente, sin embargo, fue otra compañera, una joven de Lyon, hija del jefe de los comerciantes y gran benefactora, que se hizo insopportable en la comunidad hasta el punto de que la madre de Chantal tuvo que corregirla.

En la Visitación de Grenoble, una niña de doce años pide vivir con las religiosas. A la superiora, que dudaba en aceptar a esta «rosa» que podía llevar algunas espinas, la fundadora le aconsejó con una sonrisa y una pizca de astucia:

Es cierto que estas jóvenes dan algunas espinas; pero, ¿qué hay que hacer?En este mundo, nunca he encontrado un bien que no costara algo.Debemos disponer nuestras voluntades de tal modo que no busquen comodidades, o, si las buscan y las desean, sepan adaptarse serenamente a las dificultades que son siempre inseparables de las comodidades.En este mundo no hay vino sin fondo.Debemos, pues, calcular bien.¿Es mejor que tengamos espinas en nuestro jardín para poder tener rosas, o que no tengamos rosas para no tener espinas?Si trae más bien que mal, será bueno admitirla; si trae más mal que bien, no debe admitírsela.

Al final, el Fundador se mostró muy circunspecto a la hora de admitir chicas

jóvenes en los monasterios de la Visitación, debido a la incompatibilidad con el modo de vida de las religiosas.

De hecho, la Visitación no había sido concebida ni deseada para tal obra: «Dios -escribía el fundador a la superiora de Nevers - no ha elegido vuestro instituto para la educación de niñas, sino para la perfección de las mujeres y de las jóvenes que son llamadas a él a esa edad en que ya pueden responder de lo que hacen». Era muy consciente de que la vida del monasterio difícilmente podía proporcionar un ambiente adecuado para el desarrollo de las niñas: «No sólo la experiencia, sino también la razón nos enseña que las niñas tan jóvenes, puestas bajo la disciplina de un monasterio, generalmente desproporcionada para su edad, comienzan a detestarla y odiarlo».

A pesar de algunos arrepentimientos, Francisco de Sales no llegó a ser el fundador de un instituto dedicado a la educación. Sin embargo, es un hecho que sus esfuerzos a favor de la institución de la educación de niños y niñas, en todas sus formas, fueron numerosos y exigentes. El motivo primordial que le guiaba era espiritual, sobre todo cuando se trataba de alejar a la juventud del «veneno de la herejía», y en este sentido tuvo bastante éxito, a medida que la Reforma católica ganaba terreno; sin embargo, no descuidó el bien temporal que constituye la educación de la juventud en beneficio de la sociedad.